

nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion ni con nuestros puestos; siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio. Si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos; nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos y en medidas; no sabemos gozar tranquila y cristianamente de lo que nos ofrece la Providencia; lo que nos falta nos inquieta mas que cuanto nos satisface lo que poseemos. Mientras vemos algun camino que nos falta que andar, no nos contentamos con el que ya hemos andado. Siempre va subiendo nuestra soberbia,¹ como dice el profeta; semejantes á un piloto que camina en alta mar, cuando hemos llegado hasta donde se extendia nuestra vista y nuestras esperanzas, descubrimos un nuevo punto de vista, nuevos países y espacios inmensos que alientan nuestras pretensiones. Quanto mas nos elevamos, mas se extienden nuestros deseos; quanto mas caminamos, mas camino descubrimos por andar; cuando hemos llegado al término de nuestros deseos, solo nos sirve este de camino que nos conduce á otros. Nunca nos agrada nuestro estado presente; el destino en que nos coloca Dios nunca es el que nosotros queremos; somos ingeniosos para hacernos infelices; nos armamos continuamente contra nuestro propio deseo; no queremos lo que Dios quiere, y basta el que la Providencia nos conceda el bien que hemos deseado mucho tiempo para que nos disguste.

En tercer lugar se infiere que como nuestro amor propio se ha apoderado de todo el universo, y miramos todo lo que deseamos como herencia nuestra, cuantos puestos y honores se escapan de nuestra ansia y recaen en otros, los

¹ Psalm. 73. v. 23.

miramos como bienes que nos pertenecian y que nos han usurpado injustamente. Quanto nos excede ó nos iguala nos turba y ofende; miramos con envidia la elevacion de, nuestros prójimos; su prosperidad nos inquieta, su fortuna es nuestra desgracia, sus felicidades son en nuestro corazon un veneno secreto que derrama amargura en toda nuestra vida; los aplausos que reciben son para nosotros oprobios que nos humillan; quanto les es favorable lo volvemos contra nosotros; no sabemos querer lo que Dios quiere, y no contentos con nuestras desgracias, nos formamos tambien un infortunio de la felicidad de nuestros prójimos.

Ultimamente, se infiere que como juzgamos ser los únicos que poseemos la prudencia, quanto no se acomoda con nuestras ideas y con nuestro modo de discurrir en la disposicion de las cosas de la tierra, lo censuramos y reprobamos. Quisiéramos que se repartieran los puestos y dignidades á nuestro gusto, que nuestras ideas y consejos arreglasen la fortuna del público; que los favores cayesen solamente sobre aquellos á quienes se los tiene ya designados nuestro voto; que los sucesos públicos se gobernasen segun aquellas medidas que nosotros hubiéramos escogido; reprobamos continuamente la eleccion de nuestros superiores; no hallamos sugeto que sea digno de los puestos que ocupa; no respetamos como debemos el orden de Dios en el orden exterior de este mundo visible, ni su voluntad santa en la voluntad de los soberanos, que solo tienen en su mano la autoridad y el poder para ser los primeros ministros de su providencia; no podemos querer lo que Dios quiere; tenemos por injusticia, por pasion y por imprudencia el repartimiento de los puestos y favores. Podrá suceder que estos hombres obren mal y hagan elecciones injustas; pero Dios siempre obra con razon, y se sirve de sus yerros para cumplir

los eternos fines de su providencia en los pueblos y en los imperios.

¡Qué grande y qué magnífico es el mundo, católicos! ¡Qué orden, qué sabiduría, qué magnificencia ofrece á nuestra vista el gobierno de los Estados é imperios, cuando en él contemplamos á un Dios invisible, Soberano gobernador del universo, que dispone de todo cuanto en él hay, con peso, con número y con medida! Sin cuya orden no se cae ni aun un cabello de nuestra cabeza, por cuya voluntad se hace todo, que ve los mas remotos sucesos en sus causas, que encierra en su voluntad las causas de todos los sucesos, que da al mundo príncipes y soberanos segun los fines de justicia ó de misericordia que tiene para con los pueblos, que da la paz ó permite la guerra, segun los fines de su sabiduría para con sus escogidos y su Iglesia, que da á los reyes ministros sábios ó corrompidos, Amanes ó Mardoqueos, ó para castigar los pecados de los pueblos ó para ejercitar la fe de sus siervos; que dispensa los buenos ó los malos sucesos, segun que son útiles para la consumacion de su obra; que regla el curso de las pasiones humanas, y con inexplicables artificios hace que sirva á las ideas de su misericordia aun la misma malicia de los hombres.

¡Qué lleno está el mundo, católicos, de orden, de armonía y de magnificencia, considerado bajo este respecto y atendiendo al soberano Artífice que le gobierna! ¡Qué espectáculo es este tan digno de la fe! Pero si separais á Dios, si considerais al mundo por sí solo, si no mirais en él mas que las pasiones humanas, que parece lo ponen todo en movimiento; si no contemplais en él la voluntad eterna del Señor, que es el invisible principio que comunica el movimiento á todas las cosas, entonces no es mas que un caos, un teatro de confusion y desorden, en el que ninguno

está en su puesto, en donde el impío goza de la recompensa de la virtud, en donde muchas veces tocan en suerte al justo el desprecio y las penas del vicio; en donde las pasiones son las únicas leyes que se consultan, en donde los hombres solo están unidos entre sí por los mismos intereses que los dividen, en donde la casualidad parece que decide de los mayores sucesos, en donde el buen éxito rara vez es prueba ó recompensa de las justas pretensiones, en donde la ambicion y la temeridad se levantan á los primeros puestos, que ó los teme el mérito ó se le niegan. Finalmente, donde no se ve orden alguno, porque solo se advierte la irregularidad de los movimientos, sin comprender el secreto ni el fin de ellos.

Esto es el mundo separado de Dios, y así es como nosotros le miramos. No vemos en él una sabiduría soberana que juega, si es lícito decirlo así, en el universo, arruinando los Estados y los imperios y levantando otros sobre sus ruinas; mudando continuamente los nombres y fortunas de los mortales, y dejando las cosas de la tierra en una inconstancia y en una revolucion eterna, para enseñarnos á que nos unamos al que solo es inmutable y siempre permanece el mismo.

Es verdad que muchas veces resistimos á Dios con pretexto de buscarle. Ultima raiz de nuestra oposicion á la voluntad divina, una falsa virtud, y último escollo que nos enseña á evitar María con su ejemplo.

A la verdad, si esta Señora no hubiera consultado mas que á su celo por la gloria de su Hijo, los intereses de su divino nacimiento y los obstáculos que parecia oponer su purificacion al fruto de su ministerio, confirmando la incredulidad de su pueblo y haciéndole pasar por un simple hijo de María y de José; si no hubiera consultado mas que á

estos temores nacidos de su misma piedad, debia María, al parecer, eximirse de la ley comun, y no ir al templo á manifestar en su Hijo una apariencia de mancha y de pecado que le confundia con los demás hijos de Judá. Pero desconfía de un celo que no ve estar en el órden de Dios; en tanto quiere la salud de los hombres y la gloria de su Hijo en cuanto la quiere el mismo Dios; y nada tiene por seguro, aun en la virtud, sino el conformarse con su voluntad santa.

Sí, católicos, nada es bueno para nosotros sino lo que Dios quiere; la piedad que no se funda en una conformidad continua con su voluntad santa, es una falsa virtud, mas es un amor propio oculto y peligroso que un culto verdadero de Dios; y con todo eso, casi siempre es este el flaco de la piedad. Nunca queremos buscar á Dios por los caminos que nos abre su mano misma, y hacemos que consista la virtud, no en querer lo que Dios quiere, sino en escuchar nuestras inclinaciones y seguir las.

Primeramente. Nunca nos agradan las obligaciones de nuestro estado, y siempre hacemos en lugar de ellas otras obras arbitrarias que no nos pide Dios. El casado tendria gran gusto en rezar, en ejercitarse en obras de misericordia, pasaria los dias enteros sin molestia en el retiro y en la leccion de libros espirituales, quisiera poder acudir á consolar los afligidos; pero lo que le molesta, lo que no le gusta es la sumision, el agrado y la afabilidad recíproca que une los corazones, y que tanto encarga el apóstol á las mujeres cristianas; aquella condescendencia que une los génios y las voluntades; aquella paciencia que desarma la ferocidad y se concilia la estimacion y el afecto; aquellos cuidados y aquellas atenciones domésticas que afianzan el buen órden de las familias, conservan la paz, precaven los

excesos y el escándalo de las disensiones, y hacen que Dios habite en medio de una familia fiel. Gustamos de todo aquello que Dios no nos pide, y no de lo que él quiere; y muchas veces la piedad de la mujer fiel, que debiera ser el origen de la paz, de la tranquilidad, del consuelo de una casa santa, y ganar el marido infiel, le aparta y empeora por falta de afabilidad y de condescendencia, y es la raiz de las antipatías y divisiones, y motivo de que se tenga miedo á la virtud, cuyo fruto es la paz, como si ella fuera la señal infalible de los disgustos é inquietudes de las familias.

En segundo lugar: si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos á este estado la culpa de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios. Nos figuramos que con una salud mas segura cumpliriamos con mil ejercicios de piedad para los cuales nos hallamos inhábiles; no acabamos de comprender que el sujetarse á Dios y usar santamente del estado en que nos pone, es rezar, es mortificarse, es ejercitarse en obras de misericordia, y todo se incluye en esto. Que el Señor sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, que nosotros no debemos escogernos el camino, y que toda la perfeccion de la fe y toda la seguridad del alma fiel consiste en no querer mas de lo que Dios quiere.

En tercer lugar: no sufrimos con paciencia nuestras propias imperfecciones; somos molestos á nosotros mismos; aquellas infidelidades que todos los dias advertimos en nosotros causan inquietudes á nuestro amor propio y nos disgustan de la virtud. Quisiéramos no ver en nosotros nada que reprender, vivir satisfechos de nosotros mismos, aplaudir en nuestro interior nuestra virtud y gozar del lisonjero testimonio de nuestra conciencia; nuestras faltas nos inquietan y nos acobardan en el camino del Señor, porque

nos turban aquella paz absolutamente humana y humillan aquella oculta soberbia que buscan dentro de nosotros mismos una vana condescendencia. No sabemos mirar nuestros defectos como permision de Dios, y sacar de ellos la utilidad que se propone su sabiduría: Dios quiere que obremos nuestra salud con temor y temblor, y nosotros quisiéramos obrarla con una entera seguridad. Dios quiere conducirnos por la fe, y nosotros quisiéramos ir á él por el camino de la luz clara. Dios quiere que siempre vivamos inciertos de si somos dignos de amor ó de ódio, y nosotros, despues de haber dado algunos débiles pasos en la penitencia y en la piedad, quisiéramos estar asegurados de que Su Majestad se nos ha dado á nosotros. Dios quiere que vivamos siempre dependientes de él, y nosotros quisiéramos poder hallar un apoyo carnal dentro de nosotros mismos. Dios quiere que pongamos nuestra suerte en sus manos, y nosotros quisiéramos tenerla en las nuestras: en una palabra, Dios quiere que nuestra salvacion dependa de él, y nosotros quisiéramos que únicamente dependiese de nosotros.

En cuarto lugar: si los pecadores, revestidos de la pública autoridad, ponen algun obstáculo á nuestro celo ó algunas contradicciones á las empresas que son útiles á la virtud, no observamos con ellos regla alguna de caridad: creemos tener derecho para declamar contra sus malas intenciones, para descubrir sus vicios, para hacerlos pasar por enemigos públicos de todo lo bueno y de la justicia; con pretexto de que gemimos oprimidos de su ceguera, nos cegamos á nosotros mismos; y en vez de pedir á Dios en silencio que mude su corazon y dejar en sus manos los intereses de su Iglesia, á la que sabrá proteger á pesar de la malicia y poder de los hombres, nos persuadimos á que el título de pro-

tectores de la piedad nos autoriza para violar las leyes de la piedad misma.

Finalmente, no podemos sufrir los desórdenes de nuestros iguales, de nuestros parientes, de nuestros superiores, con quienes tenemos que vivir. Tenemos por virtud el censurarlos, el desacreditarlos, el exasperarlos; nos quejamos de nuestra suerte, que nos une con lazos de obligacion y sociedad á unas personas que viven con paganos, sin pensamiento alguno de piedad ni de religion. Tendriamos por mucho mayor bien el vivir entre unas almas fieles que pensasen como nosotros; y con la amargura y aspereza de nuestra compañía hacemos que la piedad les sea tan odiosa como nosotros mismos; y haciendo nuestras censuras que les sean inútiles nuestros ejemplos, se figuran que la virtud es como nosotros, esto es, dura, molesta, sin piedad, llena de hiel y de presuncion; y en vez de ganarlos sufriendolos, los apartamos con el desprecio, y mas parece que triunfamos á costa de sus vicios, que el que nos compadecemos con caridad y religion de sus flaquezas.

La conformidad con la voluntad de Dios, católicos, hace, si es lícito decirlo así, que respetemos en los pecadores las ideas de su eterna sabiduría para con ellos, pues ésta los hace útiles á la salud de sus escogidos, y muchas veces por el mismo camino de sus desórdenes los reduce á la penitencia y á la salvacion. De este modo, la verdadera virtud mira á los pecadores en las manos de Dios, los sufre con caridad, porque los sufre el mismo Dios; los ama tiernamente, porque pueden llegar á ser hijos de Dios y porque son útiles á los fines de su providencia. Espera para ellos los instantes de la gracia, adora los eternos fines de Aquel que ha señalado los límites á las pasiones de los hombres como al ímpetu de las olas del mar. El querer lo que Dios quie-

re ó permite, tanto respecto de los otros como de nosotros mismos, es circunstancia inseparable de la virtud. Los vicios nos deben afligir, pero siempre debemos amar á los pecadores.

Y así, católicos, no hay cosa que inspire mas agrado, mas caridad, mas humanidad para con los hombres, que considerar continuamente la voluntad de Dios en ellos. Es verdad que son aborrecibles por sí mismos cuando son pecadores; pero en el orden de Dios siempre son dignos de nuestro amor y de nuestro respeto. Sirven para la obra de la predestinacion, y acaso están destinados para ser algun dia partes de ella. Debemos, pues, mirar sus pasiones con dolor, pero con paciencia; reprenderlos si están sujetos á nosotros, pero sufrirlos con caridad; desear su conversion con ansia, pero esperarla sin inquietud; y no hacer que nuestra virtud consista en despreciar los pecadores, sino en desear sinceramente su penitencia.

Estas son las tres raíces de nuestra oposicion á la voluntad de Dios, y los tres sacrificios de que hoy nos da ejemplo María. Pero despues de haberos manifestado los obstáculos que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos que nos facilita la sumision á su santísima voluntad.

SEGUNDA PARTE.

Tres copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana; los vanos pronósticos de lo futuro, las infinitas inquietudes acerca de lo presente y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro nos inquieta con sus temores y esperanzas; lo presente nos agita con sus embarazos y contratiempos. Finalmente, aun

lo pasado nos atormenta, haciéndonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres que no viven de la fe y en dependencia de Dios.

La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro, nos hace mirar con tranquilidad lo presente, y acordamos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones nos hace hallar en Dios y en la continua conformidad con sus órdenes, la paz y el consuelo que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones ni en sí mismo.

Digo primeramente que esta sumision nos hace esperar, como hoy á María, lo futuro sin inquietud. Porque, católicos, ¿qué sustos no debiera suscitar en su alma santa la profecía del viejo Simeon acerca de la futura suerte de su Hijo? la anuncia que una espada de dolor atravesará sus maternales entrañas. Que este Hijo seria expuesto como un blanco á los dardos de los malos y á la contradiccion de su pueblo, y que serviria, tanto para la perdicion como para la salud de muchos. ¿Qué tropel de temores, de inquietudes, de desconfianzas debieran turbar entonces la paz en su corazon? No obstante, como el profeta, deposita todos sus pensamientos y todos sus sustos en el seno de Dios; solo mira lo futuro en el orden inmutable de su voluntad eterna. Adora anticipadamente las ideas del Padre celestial para con este Hijo; se somete á ellas sin querer investigarlas ni conocerlas; y entregándose á solo Dios en cuanto le pertenece, es perfecta su tranquilidad porque es entera su sumision.

Sí, católicos, las inquietudes acerca de lo futuro forman el mas amargo veneno de la vida humana, y los hombres

solo son desgraciados porque no se saben contener en el momento presente. Aceleran sus penas y sus cuidados, buscan en lo por venir con que hacerse infelices, como si no tuvieran bastantes inquietudes en lo presente; se forman quimeras con que atemorizarse á sí mismos, como si no tuvieran bastantes pesares verdaderos; se atormentan continuamente por el día de mañana, como si no bastara á cada día su malicia. El tener mas talentos que otros solo les sirve para formarse mas inquietudes; el extenderse mas lejos su vista para anticiparse á ver sus desgracias; el ser sábios para estar mas inquietos y temerosos, y el ser mas advertidos para ser de peor condicion y estar menos tranquilos que los imprudentes é insensatos. ¿Os conoceis por estas señas, católicos? Porque ¿qué es la vida de la corte mas que un eterno sobresalto acerca de lo futuro, una revolucion penosa de temores, de precauciones y de esperanzas? *De temores.* Todos los sucesos nos presentan nuevos miedos; la elevacion de un competidor nos hace temer nuestra desgracia, el favor de un enemigo nos muestra desde lejos como segura nuestra perdicion; una mirada menos agradable del soberano nos hace ya prever nuestro olvido y nuestra ruina. *De precauciones.* Continuamente estamos tomando medidas, ó para obtener gracias que nunca conseguiremos, ó para precaver disgustos y pesares que vendrán. Finalmente, *de esperanzas.* Continuamente nos está lisonjeando la esperanza de alguna dicha; pero para llegar á ella es necesario sacrificar el sosiego y todas las dulzuras presentes. La felicidad siempre se queda en la idea que se la figura, las esclavitudes y penas están en el corazon que las padece y le consumen.

Pero una alma sujeta á Dios no padece estas inquietudes, estos miedos ni estos cuidados que agitan á los hijos

del siglo. Sabe que lo futuro está determinado en los consejos eternos de la Providencia; que no pudiendo nuestras inquietudes y cuidados mudar ni aun el color de un solo cabello, mucho menos mudarán el orden de estos inmutables decretos; que nada se arriesga en entregarse á él en orden á todo lo que debe suceder. Que el saber que todo un Dios se digna de mezclarse en lo que nos pertenece, nos sirve de consuelo, y aun mucho mas el leer en los libros santos que nos manda que nos entreguemos á él solo, y finalmente, que él se encarga de lo futuro, y solo nos manda que santifiquemos con la fe el uso de lo presente.

No quiero decir con esto que la fe autoriza la pereza ó imprudencia, y que para estar sujeto á Dios en orden á lo futuro sea preciso entregarse á él de tal modo que se abandonen todos los cuidados y se desprecien todas las precauciones. El fiel confía en Dios, pero no le tienta: trabaja como si todo dependiera de sí mismo, está tranquilo en orden al suceso; porque conoce que todo depende de Dios; sabe que debe valerse de la razon para tomar las precauciones y medidas, pero tambien sabe que la fe espera el buen éxito de Dios solo; usa de prudencia en la eleccion de los medios, pero permanece con sencillez y sumision esperando los sucesos: en una palabra, la prudencia es comun al fiel y al mundano, pero la paz y la tranquilidad solo son para el fiel.

Pero cuando digo *comun*, católicos, quiero decir que les es comun solo el nombre de prudencia, porque hay gran distincion en las señas de una prudencia cristiana y sujeta á Dios, y las de una prudencia humana. El apóstol Santiago nos explica estas señas.¹

Primeramente, la prudencia del fiel, dice el apóstol, es

¹ Epist. Jacob. cap. 3. v. 17.